

temor en el fondo de nuestro pecho la llama del amor divino; apresurémonos á adorar rendidamente al Dios de los altares. Lo exige nuestra calidad de criaturas suyas, redimidas con la sangre de precio infinito que vertió en el Gólgota. Lo exige la dignidad altísima de Jesucristo, Rey y Señor de todos los hombres. Lo exige su voluntad soberana que nos lo intima bajo pena eterna, tanto á nosotros como á nuestras familias y á la sociedad. Adoremos al Dios-Hostia con la mente y con el corazón. Suban nuestras súplicas á Él como á Él suben los gratos perfumes del incienso. Hagamos también por que otros vengan á prestarle sus finas cortesías y á que le pidan favores; y ante la actitud de un siglo prevaricador que se atreve á mofarse de lo más santo, revistámonos de valor y energía, de celo y discreción; y doblando nuestras rodillas en medio de la calle, y desafiando las burlas y los sarcasmos de tantos desdichados, á la vista de la Hostia inmaculada, adorémosla con puro rendimiento y saludémosla con febril entusiasmo, diciendo al propio tiempo: *Sea por siempre adorado Jesucristo Sacramentado.*



DISCURSO III

¡Paso á Jesucristo Sacramentado!

Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.
Jesucristo ayer y hoy, Él mismo también en los siglos.

AD HEB. XIII, 8.

Atrás, corifeos del pagano mundo: deteneos silenciosamente en vuestra forzada marcha; rendid armas y humildemente doblad vuestra rodilla, que viene Jesucristo! ¡Atrás, soñadores de fantásticas quimeras: plegad vuestros impuros labios, retroceded ante la verdad, que la viene predicando Jesucristo! ¡Atrás, revolucionarios de todos los matices: cesad de pregonar felicidades mil y de ofrecer mentidas libertades; no trastornéis las conciencias de los individuos, ni bamboleéis el edificio de la sociedad, que viene Jesucristo ofreciéndonos la paz y dándonos su amor!

1. El mundo había perecido por el egoísmo. La raíz de este mal, que estriba en el corazón del hombre, se había secado, como se secan las plantas agostadas por los ardores estivales y por falta de benéficas lluvias que las refrigeren. El mundo, pero el mundo moral, había dejado de existir; el viajero sensato tenía noticia de él cuando, caminante, percibía alguna de sus huellas que fueron, como lo fueron alguna vez aquellas plantas que marchitas, tendidas y acurrucadas en el suelo, son movidas de vez en cuando por los

fuertes vendavales que las empujan á todas partes. Pero el mundo moral debía vivir, y si no podía tener existencia por el egoísmo debía tenerla por otro agente que soprase sobre su frío cadáver y le tornase á la vida.

2. Y este agente era el amor, amor eterno, personificado en Jesucristo, Hijo de Dios.

Las sociedades antiguas sentían necesidad de esta llama eterna como que estaban sentadas en las pavorosas tinieblas de la muerte y aspiraban á la vida; como que se hallaban duramente esclavizadas por el maligno espíritu y por los tiranos opresores de la tierra y suspiraban por su Libertador; como que padecían oprimidas de la cólera divina, y debajo de esa terrible coyunda gemían sin consuelo y buscaban un Redentor.

3. Los patriarcas, apoyados sobre el robusto cayado que guiaba á inmenso pueblo, y dibujándose en sus tostados rostros reflejos de tristeza, humildes le esperaban; los profetas, caminando por los áridos desiertos en busca de hombres para anunciarles la palabra divina, ansiosos le deseaban; las sibilas, tomando sonoras arpas y arrancándoles dulces acordes, fervorosas le vaticinaban; los rabinos, con el texto sagrado en la mano y sumidos en profunda meditación, convencidos le aguardaban; los idólatras, aun los más ignorantes, en sus mitos, gozosos le entreveían. El mundo suspiraba por el Deseado y el Deseado vino y habitó entre nosotros.

4. Mas entre los prodigios del amor de Jesucristo, el Deseado de los collados eternos (1), ninguno tan alto, ninguno tan excelente, ninguno tan hermoso como el que se llama por antonomasia: Prodigio del amor. El amor había de resucitar al mundo, el amor le había de conservar esa vida noble, espiritual y sobre terrena, propia de los hijos de Dios. Ese amor se cifró en la Divina Eucaristía; y esta maravilla sobre toda maravilla, y esta dádiva sobre toda dádiva, es la que, para vida del mundo, fué prometida por Dios, va-

(1) Genes. 49, 26.

ticinada por los profetas, esperada por los justos y deseada por el género humano sin excepción. Necesariamente Ella debía abrirse paso para conseguir este fin. Los hombres todos, de grado ó por fuerza, movidos por impulso divino, deberían también en todos tiempos franqueárselos.

Nosotros, para honor de esa Prenda de vida eterna, desde el fondo de nuestras almas no cesemos de gritar:

¡¡Paso á Jesucristo Sacramentado!! Y mientras tanto examinemos que *La Hostia inmaculada oculta en nuestros sagrarios y ofrecida en nuestros altares 1.º se ha abierto paso en todo tiempo, y 2.º, se abrirá paso por entre los individuos y las sociedades, á pesar de las dificultades opuestas por el infierno y sus seculares enemigos.*

PARTE 1.ª

5. La historia de la humanidad es la historia de la más cruel decepción. Los individuos, así como las familias y las sociedades más favorecidas del cielo por su talento y poder, trabajaron incansablemente por adquirir una posesión, un título, una dinastía, un imperio, creyendo erróneamente que este imperio, que esta dinastía, que este título y que esta posesión serían sin duda eternos, ó al menos mientras el mundo durase; pero un amargo desengaño coronó sus esfuerzos y desmintió sus esperanzas, viendo ellos mismos, ó sus descendientes, rodar por el suelo, entre el polvo y quizá entre la ignominia, la diadema y la corona, el diploma y la escritura pública por los que tanto se afanaron. Nabuco, Alejandro, Pirro, Aníbal, César, Constantino, Ataulfo, el Cid y Napoleón: grandes héroes, famosos conquistadores, en quienes competían el valor y la fortuna, y ante los que el orbe enmudecía, llegaron á fantasear que sus hermosas conquistas, que sus crecidos imperios se transmitirían á través de las edades; pero... el tiempo los ha sepultado en el olvido: ¿dónde están? Herodes, Nerón, Calígula, Atila, Muza é Isabel la sanguinaria; terribles azotes del Omnipotente que, para afianzar el trono, cubrieron de sangre, cenizas y desolación la tierra, y cuyas ambiciosas miras pre-

tendían al parecer nivelarse con las obras del Altísimo ¿qué se hicieron? Todo se hundió en el sepulcro, y la posteridad les execrará eternamente. Colón y Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa y Magallanes, Elcano y Pizarro; nombres que con veneración repetimos, pero cuyos originales pensaron un día haber legado á sus descendientes la posesión de sus conquistas y de sus títulos, ¿dónde están? Triste suerte la de la humanidad doliente cuyas obras, conseguidas á fuerza de tantos trabajos y de tantos años, vienen á disiparse como el humo; si acaso, queda la fama; muchas veces, nada.

6. Lo que no obtuvieron tantos héroes con sus hazañas, ni tantos imperios con sus riquezas, ni tantas dinastías seculares con sus prohombres; lo que no alcanza ningún partido en el mundo por poderoso que se le suponga, lo consiguió Jesucristo, héroe divino, en quien se resumen la santidad, la sabiduría y el poder en grado infinito. Jesucristo, eterno como Dios, que señaló leyes al universo y condiciones á las gentes; temporal como hombre, que se humilló hasta darnos su propia carne en comida: entre estos dos puntos tan distanciados y tan contrarios, lo eterno y lo temporal, recorre como gigante su carrera, abriéndose paso por la eternidad hasta llegar á nosotros y prosiguiendo su triunfo sembrado de alabanzas y desprecios por parte de los hombres hasta llegar á los confines de las edades y terminar su carrera en la misma eternidad de donde partió sin abandonarla.

Las blancas nubes quieren romperse para dar paso al Salvador; y cuando este momento llega, después que el Verbo, divino por entre los vítores inusitados y las adoraciones profundas de los angélicos cortesanos, se abre paso para llegar al seno de una Virgen pura: cual fresco rocío matinal atraviesa los azulados espacios y asume la naturaleza humana exenta de los vicios de origen, pero cargado de las miserias á que éstos lugar dieron.

Como puro rayo de sol que penetra por limpio cristal sin romperlo, sale Jesucristo del seno virgíneo. Un ambicioso

rey maquina su muerte; hipócritas sacerdotes intentan perderle; orgullosos letrados pretenden confundirle; la plebe judáica, á la que multiplicados beneficios hiciera, desea exterminarle; y por más que todos y cada uno de estos malvados presumen haber conseguido sus criminales aspiraciones, Jesucristo se hace paso entre ellos, los despista y triunfa de sus dolosas intrigas.

7. Por amor á sus hijos, el Salvador instituyó el más augusto de los Sacramentos: su Carne y su Sangre preciosos habían de estar velados en él bajo las apariencias del pan y del vino; y esa Hostia inmaculada, cifra de las grandezas del soberano Autor de la naturaleza, que comienza por ser descreída de los cafarnaítas, mirada con desdén ó con indiferencia por algunos tibios discípulos, profanada por Judas en el cenáculo y blasfemada por Nicolás, uno de los primeros diáconos con sus secuaces: esa Hostia bellísima, aunque su autor vuela al cielo á recibir de manos de su Padre la recompensa merecida, queda en la tierra para consuelo de los mortales, siendo el blanco de las iras infernales, de las sátiras de los impíos y de los insultos de los herejes. No importa, no, que la perfidia judáica en su odio implacable á Jesucristo, desde los aposentos particulares y desde los antros masónicos hienda el puñal en las sagradas Especies, y profane los sagrarios con los sacrílegos robos de vasos benditos, y jure exterminar el Sacramento y la Religión de Jesucristo. Esta celestial Religión con su bello Sacramento, faro luminoso que destierra las tinieblas do se ve rodeada, subsiste hoy como ayer y como siempre radiante de hermosura.

8. Á la manera que el hermoso satélite de la tierra se adelanta majestuoso en su carrera, á pesar de las nubes que le velan, y recorre tranquilo su órbita bañando en luz tibia y plateada las regiones por donde transita, apareciendo, luego que las sombras se desvanecieron, más brillante si cabe que antes, así la Hostia sacrosanta, divino satélite de la Iglesia, si la frase me es permitida, que con su luz eterna baña suavemente la inteligencia humana, recorre la órbita

de los siglos, adelantándose cada vez con más grandeza, no obstante las nieblas de los errores que obscurecerle pretenden y la crueldad de los gentiles que con espeso humo de las hogueras cristianas eclipsarle intentan.

Pero, en vano los dioclecianos de todos los tiempos y de todos los países pudieron prometerse el aniquilamiento de una Religión á la que el mismo Dios Sacramentado vivifica; en vano hicieron correr ríos de sangre por las plazas y por los teatros y por los circos; en vano torturaban las carnes y molían los huesos y despedazaban los miembros y entregaban los cuerpos para pasto del hambre y de las fieras y de las hogueras y de los peces; en vano fueron la injuria, la calumnia, la amenaza y la desnudez, medios inicuos y bajísimos de que se valieron los gentiles para acabar con los tremendos Misterios de los altares, que daban energía y constancia á los fieles; en vano las órdenes y los decretos y las leyes imperiales se fijaban en las esquinas de la vía pública para perseguir de muerte el nombre cristiano; la Hostia Divina era la gigantesca columna de blanca nube que de día se adelantaba mágica hacia el término de la peregrinación israelítica, abriéndose paso por entre los caminos, las brechas, los ríos y los mares, é iluminando de noche las negras tinieblas del espacio para que nada tuviera que temer el pueblo de Dios y descansase tranquilo entre los tibios resplandores de la luz divina.

Y ese eucarístico Sacramento que, desafiando las águilas romanas, pasa á través de las cristianas cenizas salpicadas de sangre y depositadas en las pavorosas catacumbas y en las modestas criptas particulares; y ese eucarístico Sacramento que en manos del diácono y del acólito y del varón y de la viuda se pasea oculto por las calles de Roma, de Constantinopla, de Jerusalén y de Cartago: es el mismo Sacramento al que Constantino levanta suntuosos altares por doquier y al que himnos de gloria y olorosos perfumes y adoraciones mil se elevan públicamente en las iglesias restauradas, en los campos bendecidos, á bordo de las naves, en la plaza pública y en el desierto árido.

9. Jesucristo triunfa de los gentiles; mas en pos de los gentiles llegan los herejes que, brotando con fuerza del in-mundo cieno, y semejando á los hongos fétidos que el estiércol pare, pretenden oponer insuperable barrera al Dios-Hostia á fin de que su dominación no se extienda más allá de los confines de los países evangelizados, y aún en éstos surja la duda, la indiferencia, la negación y la blasfemia. Contemplad el formidable ejército que se estaciona en los campos de la humanidad para lidiar la batalla más decisiva al dogma por excelencia magnífico. Sus jefes con sus respectivos batallones aguerridos se aprestan unos en pos de otros durante la sucesión de los tiempos para engrosar las filas sectarias. Simón Mago, Severo, Taciano, Montano, Nestorio, Erígena, Berengario, Pedro de Bruis, Arnaldo de Vilanova, Wiclef, Lutero y Jansenio con sus secuaces, á cual con más fuerza y osadía, valiéndose del sarcasmo y de la calumnia, de la hipocresía y de la perfidia, del cuchillo y de la hoguera, quisieron detener el paso de esa Hostia Divina, fuente de vida y de amor; pero nulos resultaron sus trabajos. Á la manera que el viajero confiado en la Providencia es sorprendido en la mitad de su camino por horrible tormenta y sin volver atrás se guarece como puede en alguna venta ó choza miserable, así el Sacramento del amor, sorprendido por la chusma imbécil de todos los siglos, se guareció en manos de sus siervos, quienes á la vez se acogieron á la oración, casa segura de refugio; y pasada la revolución causada por los herejes, al modo que el caminante continúa su camino, lo prosigue también el Sacramento, que en Jesucristo es el viaje de la conquista de las almas.

10. Jesucristo triunfa de los herejes y se abre paso por en medio de ellos; mas en pos de los herejes se suceden los pseudo-filósofos, quienes, adoptando otra clase de armas doblemente punzantes y venenosas que las de aquéllos, ensayaron el medio de borrar del Credo su dogma admirable y de las conciencias su eficaz consuelo. Voltaire y Rousseau, Bayle y Diderot, D' Alembert y Marmontel, Damilaville y D. Argental, Thiriot y Federico II, inspirándose en el odio